

acción menos compuesta, que no permita afecto desordenado, que no siga mi amor propio. Tú eres Espejo de inocencia, Luz de toda virtud, Sol de justicia, Resplandor de santidad, Crisol de pureza, Fuego de caridad. Dáme que te tema como á Justo, respete como á Santo, obedezca como á Señor, oiga como á Sabio, imite como á Perfecto, ame como á Hermoso, atienda como á Pródigo, invoque como á Misericordioso, admire como á Grande, siga como á Luz, mire como á Idea de toda virtud, Ejemplar de toda perfección, Dechado de toda justicia. Dáme que tus purísimos ojos no vean en mí cosa que te ofenda, no halle en mí tu pureza alguna inmundicia, ni tu santidad culpa, ni tu bondad malicia, ni tu virtud vicio, ni tu inocencia pecado, ni tu amor desagradecimiento; y yo halle siempre en ti misericordia, y caridad, y entrañas de Padre.

XII

Gozo de la Libertad de la voluntad divina.

Es para mí, Dios mío, sobre todo gozo y contento, que tengas esta corona única de tu divinidad, que tu santísima voluntad sirva de razón sobre toda razón, que no debas reconocer á nadie, que todos deban obedecerte á ti. Gran gloria de tu Sér, que sea lo mismo quererlo tú, que estar puesto en razón. Tu querer es equidad, es justicia, es razón, es sabiduría, es regla de toda rectitud, y medida de la razón. Gózome que sea en el Criador tan santo y seguro lo que en la criatura es muy peligroso. ¿Qué cosa de más riesgo, ni de más daño, ni de mayor malicia entre los hombres, que la propia voluntad? Pero no hay cosa más segura, ni más saludable, ni más santa que tu propia voluntad, Dios mío. ¡Oh qué bien empleada está en ti esta suma libertad de querer, y toda propiedad de vo-

luntad, pues la empleas necesariamente en querer lo bueno, y libremente en querer mi bien! ¡Oh qué buen empleo de tu voluntad es que te ames á ti mismo, que eres solo bueno y bonísimo por eminencia! Gózome desto sobre toda alegría. El corazón se me dilata con acordarme que te amas cuanto mereces ser amado: porque como veo la infinita amabilidad de tu Sér, y que no pueden todas las criaturas presentes, ni futuras, ni posibles, llegar á amarte como mereces, desahógaseme el corazón con saber que tú te amas como debes ser amado, y yo deseo. Dóite el parabién, y dóimele á mí, que tu amor se iguale á tu amabilidad. Ámate Dios en hora buena conforme eres, y ámete yo conforme puedo. Dóite el parabién de tan buena voluntad, y dóisele á todos los hombres que la tuviste tan buena para con ellos, que por su bien hiciste tan estupendas finezas. ¡Oh qué buena voluntad de querer salvar los hombres y encarnar por ellos! ¡Oh qué buena voluntad de dárseles en comida, sustentándonos con tu propia carne y sangre! Por esto te doy mil gracias; dóite mil parabienes que quieras siempre tan bien, y que quieras tanto nuestro bien. Gózome de tanta bondad, de tan buena voluntad; y gózome de tu poder, pues con sólo querer haces lo que quieres. ¡Oh gran felicidad, que no obres más haciendo que queriendo, porque no tienes otro modo de hacer, sino es el querer! Gózome que tengas tan poderosa voluntad, tan libre, tan señora, tan buena en sí y tan buena para mí. Dame que la cumpla en todo por sólo ser tu gusto, no por provecho mío. Tu gusto sea todo mi deseo, mi amor, mi voluntad y mi gusto.

XIII

Gozo de la Providencia divina.

No es mucho, Dios mío, que me alegre con la providencia que tienes de tus criaturas, pues me está á mí tan bien que gobierne al mundo quien es tan sabio, tan poderoso, tan bueno. ¿Qué nos puede faltar estando en mano de quien nos quiere tanto, el hacer todo bien, para lo cual no le falta poder, ni podrá errar en hacernos el bien que nos conviene? ¿Qué más podemos desear, pues nos tiene tan buena voluntad quien tiene todo poder? Gran dicha nuestra es que quien tiene tan sanas entrañas sea omnipotente, y sumamente sabio para acertar y poder hacernos el bien que desea. Gózome, Dios mío, deste bien mío y y desta gloria tuya, aunque más me regocijo de tu gloria que de mi provecho. Gloria tuya es el cuidado que tienes de quien no has menester. Gloria tuya es poder hacer todo, y saberlo disponer. Gran blasón de tu Majestad es cuidar tanto de lo que es tan poco como el hombre. Gózome de tu infinita Sabiduría, con que miras por todos los hijos de Adán, cuidando tanto de uno, como si él fuera solo en el mundo. Gózome de tu infinita Omnipotencia, con que ayudas á todos sin cansarte con la multitud, empleándola tanto en uno, como si la ejercitaras en todos. Gózome de tu infinita Bondad, que á todos quieres bien sin excluir á ninguno; y como te movió á que entregaras á tu Hijo para que muriera por todos, también le entregaras por cada uno. Gózome que sea tanta tu capacidad, que de ninguno te puedas olvidar, y con todos no te puedas embarazar, y con ninguno ni con todos te puedas cansar. Hazme este favor, que pues cuidas tanto de mí, que descuide yo. Dáme que cuide todo de servirte solamente, que

respete tu providencia, que tema tu justicia, que espere en tu misericordia, ame á tu bondad, me regocije de tu omnipotencia, admire tu sabiduría y agradezca tu cuidado.

XIV

Gozo de la Justicia divina.

¡Cuáles son tus grandezas, Dios mío, que la misma Justicia que en ti temo, esa misma la amo y adoro! Gózome infinito que seas Justísimo: porque ¿qué fuera de mí, si el temor de tu Rectitud no me hubiera reprimido? ¡Triste de mí, si no hubiera visto ejecutada en tantos la pena de sus pecados! Hubiera yo, sin duda, pecado mucho más. ¡Triste de mí, si no supiera que se han condenado tantos! porque yo me condenara con el poco temor que te tuviera. Y así, Dios mío, no es mucho que me goce de tu Justicia, por lo bien que me ha estado, pues por el temor della alcanzaré tu misericordia. Pero por lo bien que te está á ti se me llena el corazón de alegría: porque viéndote Justo, te veo amador infinitamente de lo bueno, y del castigo de nuestras maldades: conozco tu infinita Santidad y Pureza; pues por eso castigas lo malo, porque amas lo bueno. El infinito amor que tienes á la virtud te hace aborrecer tanto los vicios. Gózome, pues, de tu suma Rectitud, y Pureza y Santidad. Gózome también que tu Majestad sea satisfecha y vengada de sus injuriosos con la pena que merecen. Huélgome que al desorden de la culpa repare el orden de tu Justicia. ¿Qué mayor gozo que ordene la Rectitud divina lo que desordenó la maldad humana? Orden grande es que quien contra tu santísima voluntad quiso por su voluntad propia tomar placeres ilícitos, que ese mismo, contra su propia voluntad, reciba de la tuya justísimos tormentos. Y así me gozo de tu Justicia, como tan ordenadora de las

cosas y remediadora de los males. Pídotte, Dios mío, que esta tu Justicia, de que me gozo, la tema también y tiemble de tus juicios. Concédeme que yo la ayude satisfaciéndote con penitencias por los agravios que te he hecho. Dáme que haga justicia en mí con gran rigor y aspereza, para que alcance tu misericordia y temple tu ira.

XV

Gozo de la Misericordia divina.

¡Oh grande Dios y grande Bienhechor de los hombres! Si con tu severidad y enojo aún nos eres provechosísimo, ¿qué será con tu misericordia y piedad? Si de que seas Justo, Recto y Severo me regocijo, ¿cuánto se debe alegrar el alma que seas Misericordioso, Suave y Benigno? ¡Oh Dios afabilísimo, y cuán proporcionada es la infinidad de tu misericordia con la profundidad de mi miseria! Con menos, ¿qué fuera de mí? Misericordioso eres infinitamente, y todo es menester para sufrirme. Gózome, Señor, de la gloria que tienes por ser gran perdonador, venciendo con tu bondad nuestra malicia. No fuera creíble sino de tu infinita suavidad, que perdones tan fácilmente á tus injuriadores. ¿Es posible que con sólo que se arrepientan de corazón te olvides de todas sus insolencias? ¿que sólo con que tengan contrición de sus pecados por sólo un instante, les perdones eternos tormentos que debían padecer en los infiernos? Tal Dios habíamos menester para que no pereciéramos todos. Alábente los ángeles por tanta suavidad; alabémoste y regocijémonos los hombres por tan estupenda bondad. ¡Oh piadosísimas entrañas, llenas de dulzura y suavidad! no me cabe el corazón en el pecho de puro contento, viendo que tengo siempre tal refugio. Si otro fueras, suavísimo Dios mío, ¿quién no desesperara? Pero

viéndote tan manso y con tan buenas entrañas, ¿quién no confiará? Cada día perdonas, cada día disimulas, cada día nos haces bien, por más que te ofendamos. ¿Quién sino tú pudiera tener tal paciencia y tal benevolencia? Bastaba, Señor, perdonarnos y no hacernos mal para que fuese una estupenda misericordia la que usas con nosotros; ¿qué será el hacernos sobre todo eso tanto bien como si te hubiéramos obligado mucho? ¿Cómo no nos hemos de regocijar con tan buen Dios? ¿Cómo no hemos de esperar de tan misericordioso Padre? Confío, Señor, que siempre harás conmigo este buen oficio, que me has de amar más que nadie, cuidar de mí más que Padre, ampararme más que Patrón, y hacerme mercedes más que Rey. Concédeme que te reverencie como á señor, obedezca como á padre, y madre, y todo mi amparo, y mi bien. Oye, Dios mío; oye, lumbre de mis ojos; oye lo que pido, y dáme lo que he de pedir para que me oigas. Si me despreciases, perezco; si apartares de mí los ojos, muero; si los vuelves á mí, vivo; si mirares mis culpas, apenas bastarán los tormentos del infierno; si con tu acostumbrada piedad pusieres en mí los ojos, podrásme mudar en mejor. ¿Qué mal no soy yo, y qué bien no eres tú? ¿Qué mal no soy yo, criatura corruptible, y qué bien no eres tú, Criador y Reparador fortísimo de la tierra? Caí de tu mano por mi culpa; poderoso Artífice eres para volverme á mi verdadera figura. Castígame con misericordia, y no me castigues con ira. Aparta de mí lo que aborreciste en mí: no veas en mí cosa que no sea conforme á tu voluntad.

XVI

Gozo de la Caridad divina.

¿Qué gozo mayor, Dios mío, que saber que nos amas? ¿Qué bien más grande que éste, que nos quiera bien un Señor tan grande? ¡Oh suma dicha de los hombres, ser amados de su Dios, y más con tales extremos! Gózome, Dios mío, que sea tan infinita tu bondad, que redunde en un infinito amor, con que abrazas á todas tus criaturas, y especialmente á los hombres. ¡Oh qué dicha nuestra ser amados de un Dios que quiso morir por nosotros y hacer tales extremos por nuestra causa, cuantos no debía hacer mayores por sí! ¡Oh prodigio de la caridad divina, que no se contentó con perdonar á sus enemigos, sino que les hizo tantos bienes como si fueran sus propios hijos ó muy estrechos amigos! Pero ¿qué digo como si fueran hijos ó amigos? pues les hizo sus hijos y admitió por amigos, y esto á costa de su sangre y vida, y levantando á un sér divinísimo, intelectualísimo y espiritualísimo á los que eran bestiales y materiales. No pudo llegar á más su caridad que á convertir al enemigo en amigo, al esclavo en hijo, al condenado al infierno en heredero del Cielo. ¡Oh qué bien me está tu amor, pues cede en tanto bien mío! ¡Oh incendio de la caridad divina, qué poderoso eres para consumir la materia más rebelde y convertir en ti lo que está más lejos de ti, hasta tu mismo contrario! Los fuegos de la tierra, aunque son tan eficaces, tienen materia que les resista, y no la pueden convertir en sí; y al agua, que es su contraria, sólo la consumirán, mas no la hacen arder ni la unen á sí. Omnipotente es el fuego consumidor del amor divino; no hay materia que le resista, y al mayor contrario suyo

le reduce á que sea su amigo y le une consigo, y como si le convirtiese en sí, le hace como él. Gran afecto de un encendido amor fué la Encarnación del Verbo, por la cual el hombre se hizo Dios, uniendo una persona divina á la naturaleza humana, su enemiga. ¡Oh gran eficacia de amor, la cual no paró ahí, sino que por la comunión del cuerpo del Hijo de Dios quiso unir á sí todos los fieles! ¡Oh dicha grande, que el hombre llegue á unirse con su Dios hasta ser un espíritu y un cuerpo con Él! ¡Oh amor ardiente, tan probado con tantas finezas, probado con beneficios, y probado con paciencia! pues para hacernos tantos bienes quiso padecer horribles males. ¡Oh quién respondiera á tan fino amor con otro amor, á tales beneficios con agradecimiento! Dáme, amor mío, que te ame, porque me amas. Dáme que te ame, porque me haces bien. Dáme que te ame, porque me sufres mis desagradecimientos. Dáme que te ame, por lo que padeciste por mí; y dáme que te ame, por ser quien eres, Hermoso, y Bueno sobre todo.

XVII

Gozo de la Excelencia y Majestad divina.

Mil júbilos de contento llenan mi pecho, Dios mío, porque eres tan grande, tan excelente, tan perfecto, que toda la máquina del mundo sea en tu comparación infinitamente menos que es una gota respecto de todo el mar. Tú excedes infinitamente á todas las cosas en perfección, nobleza, felicidad y bondad. No sé cómo me atrevo á hablar contigo viéndote tan grande; y no sé cómo puedo dejar de hacerlo viéndote tan bueno; que si eres tremendo, eres suave; y si eres altísimo, también eres afabilísimo. No tienes, Dios mío, igual, ni aun semejante, si no es con mucho menoscabo y desigualdad. Gózome que seas mayor que

toda alabanza, mayor que todo encarecimiento, mayor que todo concepto, y mayor que cuanto se puede pensar; mayor que toda reverencia, adoración, culto y religión. Tú eres Deidad sobre toda veneración, Majestad sobre toda gloria, Sér sobre toda esencia. Gózome que seas tan grande, que no pueda criatura alguna humillarse tan profundamente como merece la alteza de tu Sér: tú eres grande y más que grandísimo, santo y más que santísimo, hermoso y más que hermosísimo. No sólo eres Hermoso, Sabio, Bueno, Poderoso, [sino Sobrehermoso, Sobresabio, Sobrebuono, Sobre poderoso y Sobretodo. Tu grandeza sube infinitamente sobre las más altas coronas de todas las naturalezas; infinitamente dista tu alteza de los más altos Serafines. Gózome de tan estupenda Majestad; porque eres grandísimo, excelentísimo, altísimo, eminentísimo, preciosísimo, perfectísimo, y de todas maneras infinito, y, para decirlo así, infinitísimo. En tu acatamiento tiemblan las columnas del mundo, se estremecen las Potestades del Cielo, se humillan los Tronos, se postran los Querubines, y tienen por gran gloria que pises sus alas. Millares de millares son los criados de tu casa; el Cielo tienes por Trono, á la tierra por peana de tus pies. Todo este universo es un estrecho Templo tuyo, donde no cabes, ni en inmensos mundos se puede estrechar tu grandeza; que si más hubiera, más llenaras, y sólo cabes en ti mismo. Gózome desta gloria tuya, desta alteza y excelencia de tu Sér. Dáme que me humille á tu inmensa Majestad, y adore tu grandeza con afecto y amor.

XVIII

Gozo del Dominio divino.

Con sumo gozo de mi corazón te aclamo, Dios mío, por Rey y Señor mío. Gózome de tu Reino eterno, y regocíjome

de tu Dominio universal. Gózome que seas mi Señor, y gózome que sea yo tu esclavo. ¡Oh qué contento, y contentísimo estoy con un amo tan bueno, tan afable, tan liberal, tan misericordioso! Gran gloria de las criaturas es tener tan alto y nobilísimo Rey, y tan liberal, y piadoso. Gózome, Dios mío, que seas Señor de todo, que á nadie puedas deber, que todos te deban, aun aquello por lo que les haces mercedes. Tuyo es todo, y pudiste sin qué ni para qué, sólo por tu gusto, aniquilar el mundo, y echar en los infiernos á las más altas jerarquías de ángeles, sin haber ellas pecado, ni dado ocasión para esto, porque tu poder es absoluto, y puedes hacer lo que quisieres de todo; antes debían tener los hombres por suma honra que porque se cumpliese tu gusto, les despedazases. Gózome que eres tan gran Señor, que todos y en todo deben hacer tu santísima voluntad, aunque les estuviese mal; pero no les puede estar mal lo que hace Aquel que todo cuanto hace es por nuestro bien. ¡Oh qué gozo ser tan amoroso un Señor que tenemos tan absoluto y poderoso, que tan lejos está de usar de su poder para hacernos alguna tiranía! Porque injuria, ni agravio, ni injusticia no puede hacer el que por hacernos regalo nos sustenta con su carne y sangre propia. Tan lejos está de afligirnos, que quiso Él morir porque nosotros fuéramos bienaventurados ¡Oh qué Rey tan amoroso! ¡Oh qué Señor tan suave, que siendo todo suyo, nos quiso comprar con el precio infinito de su sangre, y debiéndole nosotros nuestros merecimientos y los suyos, Él nos premia tan liberalmente como si nos debiera la vida! Gózome que un Señor tan señor, tan independiente y tan absoluto, sea tan afable, que nos haga tantos favores como si nos hubiera menester, como si pretendiera de nosotros su divinidad, ó como si fuera esclavo nuestro. ¿Cómo no me regocijaré de tan estupenda bondad y con tan afable majestad? ¿Qué

mucho, Dios mío, que te aclame por Rey, pues lo eres por tu naturaleza, y si no lo fueras, por tu bondad te alzáramos por nuestro Emperador y Señor? Concédeme esta merced, que te sirva bien, pues eres tan buen Amo, y que te sea fidelísimo esclavo, pues eres amorosísimo Rey.

XIX

Gozo de la Incomprensibilidad del Sér divino.

La luz del sol alegra á los hombres, y la Luz divina deleita á los ángeles que desean mirarla, aunque no la comprenden. Gózome, Dios mío, que sea tan resplandeciente tu luz, que no haya capacidad en las criaturas para hacer comprensión della. Excedes, Dios mío, todo concepto y entendimiento criado, para el cual el exceso de tu luz equivale á oscuridad. De puro claro no eres visto, de muy resplandeciente no eres observado. No hay ciencia que te conozca; porque si la ciencia es conocer las cosas por sus causas, de quien no tiene causa alguna, ¿cómo puede haber ciencia? Eres tan grande y admirable, que no sólo tu inmensidad, sino tu simplicidad, causa pasmo á los más despiertos ingenios. ¿Cómo puede comprenderse que sea lo mismo en ti el ser que el querer, y lo mismo sea el querer que el obrar, y esto siendo tu querer libre, y tu ser necesario? ¡Oh Señor, y con cuánta razón dijo el Profeta que habitas una luz inaccesible, en la cual con ser tan resplandeciente te escondes, y con ser el sol te oscureces! Tan claro eres, Dios mío, tan hermoso, tan resplandeciente, que ni por la comparación del sol, ni de otra claridad, se puede explicar la tuya. Porque hacer concepto de ti por lo que es el sol, y millones de soles más claros y resplandecientes que éste que admiramos, aún fuera quedarnos á oscuras, y mejor serás conocido diciendo lo que no eres,

que diciendo lo que eres conforme al concepto que de ti podemos hacer, por lo más hermoso, y claro, y perfecto de las criaturas. Decir que eres más claro que el sol, más hermoso que los cielos, más dulce que la miel, no será más que si dijéramos que eres más claro que las tinieblas, más hermoso que un monstruo, más dulce que los ajénjos: porque en comparación de lo que eres, todo el concepto que podemos hacer de una inmensa luz se queda en un nublado, y todo el concepto que podemos hacer de una infinita Hermosura se queda en fealdad, y todo el concepto que podemos hacer de un mar de dulzura se queda en desabrimiento y amargura: porque tu luz, tu belleza, tu dulzura es sobre todo concepto y comprensión; pues tu Sér es sobreesencial, y sobresubstancial, y todo el concepto de toda otra esencia y substancia queda infinitamente inferior á la tuya. Pues desta tu grandeza te doy mil parabienes, y alabanzas, y honras, y glorias. Gloríome de tener un Dios que por grande es incomprensible, y por incomprensible, más amable. Gózome, Dios mío, que seas tal, que aun ignorado merezcas todo nuestro amor, toda alabanza, toda honra, toda gloria y toda bendición. Dáme que te alabe, y engrandezca, y sirva, y honre, y ame cuanto pueda.

XX

Gozo de la Inmutabilidad divina.

No hay contento criado para mí, Dios mío y Bien mío, como entender que eres Inmutable, pues tu infinita Hermosura no se podrá marchitar, ni tu Bienaventuranza disminuir, ni tu Santidad menoscabar, ni tu Omnipotencia flaquear, ni tu Amor enfriar, ni tu buena Voluntad mudarse. Gózome que siempre seas el mismo, pues eres lo mejor

que puede ser. Huélgome que en nada puedas crecer, porque tienes todo aumento y mejoría; y que en nada puedas menoscabarte, pues eres inmutable. ¡Oh qué inefable gozo es para mí que no se pueda mudar la buena voluntad que tienes inclinada á hacer bien, á perdonar pecadores, á oír nuestros ruegos, á remediar miserias! Démonos mil parabienes los hombres, que un Dios que há más de cinco mil años que hemos experimentado misericordiosísimo, pacientísimo, liberalísimo, amorosísimo, no se nos mudará. Regocíjense los ángeles, que aquella infinita Hermosura que les hace bienaventurados, y los llena de gozos, y dulzura, y dicha, cuya vista sola les es toda su bienaventuranza, y en la cual desean siempre mirar, no se les puede quitar, ni en un punto descaecer, ni perder su flor. Dénsese el parabién todas las criaturas, que aquel Señor de quien dependen sus substancias, no depende de accidentes. Siempre es el mismo, siempre uno, siempre sumo, siempre perfecto, siempre infinito. Dóite el parabién, Dios mío, deste singular privilegio de tu naturaleza, que nunca puedas mudarte, ni seas capaz de tener menos ni de tener más, pues lo tienes por ti mismo todo. Otros atributos tuyos puedes comunicar á tus criaturas, porque si eres Sabio, hiciste otros sabios; si Santo, á muchos concediste ser santos; si Bueno, por tu gracia lo son otros; si Poderoso, diste á muchos grandes fuerzas. Pero ¿qué criatura pudo ser inmutable? antes como es propia de tu infinita naturaleza la gloria de la inmutabilidad, así es propio de toda naturaleza criada la mudanza ó movimiento. Gózome, pues, deste gloriosísimo privilegio de tu Sér, y pídotte que me concedas por lo menos que no sea instable en servirte, ni variable en amarte, y que esta sola mudanza sienta en mí, que siempre crezca en tu servicio, y me mejore con tu gracia, y me adelante en tu amor, y me mude en otro, de

pecador en justo, y santo, y amador tuyo; y pues en ti nada se envejece ni cansa, que me renueve yo en tu gracia, sin cansarme jamás de servirte.

XXI

Gozo de la Eternidad de Dios.

Regocíjense los ángeles, gócese todas las criaturas racionales de que su Dios es Eterno, que no puede faltar á quien aman y el que las ama, que no puede morir quien las da inmortalidad. Alégrense todos los afligidos y perseguidos por justicia, que quien les ha de consolar y premiar no puede perecer. Todo el mundo se goce porque su Rey vive y vivirá eternamente. Gózome, Dios mío, que seas Dios vivo, porque tu divinidad no sabe de muerte, ni supo de no sér, siempre fué, y siempre será; siempre vivió, y siempre vivirá; nunca empezó, y nunca acabará; nunca nació, y nunca morirá. Tu Eternidad comprende todos tiempos, encierra todos siglos, y es más allá de toda duración. Gózome que te deba, Dios mío, sumo respeto por ser tan antiguo, que siempre fuiste; y suma estimación por ser tan seguro, que siempre serás. Cosa tan preciosa, eterna había de ser. Más estimo, Dios mío, que seas eterno, que tener yo cuantas vidas tienen los hombres y ángeles; y si todas ellas tuviera yo, las diera porque no faltaras de ser un cuarto de hora. Y así me baño todo de alegría que tengas por tu naturaleza lo que yo te procurara con pérdida de mi naturaleza y vida, y millones de vidas que tuviera. ¡Oh cómo me regocija que no nos pueda suceder tan gran desgracia, como faltar al mundo tan sabio Gobernador y amoroso Padre como tú eres! Cuando contemplo á cada uno de tus atributos, se me alegra el alma, que ninguno puede faltar, sino que está tan seguro, que ha de ser eternamente.

¡Qué gran dicha es que el oráculo que tenemos en tu Sabiduría divina nunca ha de cesar, ni el ayuda que tenemos en tu Omnipotencia, ni las riquezas que tenemos en tu Bondad! Gózome que tantos gozos y bienes no corran peligro. Gózome, Dios mío, que pues eres tan bueno en ti y tan provechoso á todos, seas Inmortal y Eterno, que has de reinar por todos los siglos de los siglos. Dáme que te sirva ahora en tiempo, para que merezca tu eterno Reino. Dáme que muera ahora por amor tuyo, para que viva siempre en tu gozo eterno. Dáme que aparte mi corazón de todas las cosas temporales, y las ponga únicamente en las eternas.

XXII

Gozo de la Inmensidad divina.

Es para mí, Dios mío, un gozo inefable que seas inmenso, porque estando en todas partes, siempre te hallaré. ¡Oh suma dicha, que donde quiera que estuviere, siempre me ve, y me oye, y me sustenta el que es el amor de mi alma, mi querido, mi amado, mi Rey, mi Padre, mi Esposo, mi Bien, y, para decirlo en una palabra, mi Dios! ¡Oh qué gran felicidad, que no he menester dar un paso para llegar adonde está mi Dios y mi amor! Gózome, Dios mío, deste gozo mío y desta gloria tuya, que de ninguna parte puedas faltar, que estás donde quiera. ¡Oh cómo me afligiera, Dios mío, si estuvieras en algún lugar distante de mí! ¡Cómo te fuera á buscar, aunque estuvieras millones de leguas lejos! Pues el toparte tan cerca, ¿qué contento me será? Gózome, y regocíjome, y alégrome desta felicidad mía y grandeza tuya. Cercano estás para ayudarme, vecino para oírme, y dentro de mí para sustentarme, haciéndome mil bienes. ¿Cómo puedes dejar de oírme cuando

pidas lo que tú deseas darme, y por ventura ya me estás dando? Gózome que por estar conmigo no harás falta en otras partes, pues en todas estás todo, aunque no cabes en todas, pues tu grandeza se dilata sobre el sol y la luna, traspasa el firmamento, sube sobre el cielo empíreo, y se dilata de estotra parte del mundo. Pues ¿dónde podré ir, Bien mío, que no te tope, pues aun adonde no puedo ir, allí estás? ¡Oh qué precioso atributo es este de la inmensidad para los que te aman, y provechoso para los que te temen! Quien te ama te hallará en todas partes, y á quien no te teme hallará en todas. Porque ¿dónde puede huir el pecador de ti, pues donde quiera que vaya allí te topará? Baje á las entrañas de la tierra, allí está Dios; suba sobre las estrellas, allí encontrará á su Juez; navegue los mares, nunca se apartará de su Criador; vuele por los aires, y en las mismas plumas de los vientos le hallará sentado. Ningún pecador se puede ausentar de ti, y tú no te puedes ausentar de quien te sirve. Dáme que te tema, dáme que te ame, dáme que te sirva, y dáme que te goce y que esté contigo en la gloria de la patria, pues no te apartas aun en este destierro de mí.

XXIII

Gozo y admiración de los atributos divinos en general.

Gózome, Señor mío, de cuanto eres, aunque no conozco quien eres; porque eres tal, que á cierra ojos te podemos amar. No sé quién eres, pero sé que eres vida mía, sabiduría infinita, poder omnipotente, bondad inmensa, justicia rectísima, misericordia suavísima; de todo lo cual me gozo y gozaré, de cuanto sé de ti y cuanto no sé; que aunque no sé quién eres, sé que eres todo bien; y como